



LA SANGRE DE EVA

Daniela Montero Cosano

LA SANGRE DE EVA



Primera edición: enero de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Daniela Montero Cosano

ISBN: 979-13-87612-32-0

ISBN digital: 979-13-87612-33-7

Depósito legal: M-1996-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro se lo dedico a mi añorado abuelo Manuel,
que me acompaña en cada paso que doy.*

*Y a todos aquellos valientes que no tienen miedo a darse de bruces.
A todos aquellos que no saben lo que quieren en la vida, pero sí son conscien-
tes de lo que no quieren. A todos aquellos que no se rinden nunca cuando se
trata de luchar por algo o por alguien. A todos aquellos que son capaces de
ver luz donde los demás solo encuentran oscuridad. A todos aquellos que se
atreven a perseguir su felicidad a pesar de los obstáculos y las dificultades.
Sois mi fuerza.*

Hay amores tan bellos que
justifican todas las locuras
que hacen cometer.
PLUTARCO

PRÓLOGO:

EL SURGIMIENTO DE LOS REINOS

Desde el principio de los tiempos, la unión que nació del magnífico poder de los antiguos dioses dominó el Cielo. El dios de la creación, Padre, la antigua fuerza creadora; el dios de la guerra, Lixus, la feroz fuerza protectora; y, por último, Hablos, el dios del destino y mística fuerza intuitiva.

Debido a su inclinación natural por el milagro de la vida, la belleza y el noble arte de la lucha, Padre creó a sus hijos pródigos, los llamados Arcángeles: apuestas entidades guerreras dotadas de un poder espiritual extraordinario. Como presente, el dios de la guerra decidió concederle a cada uno de ellos una reliquia personificada, armas poderosas que solo su arcángel de manera exclusiva podría manipular a voluntad; Hablos, por otro lado, les brindó un regalo mucho más puro, algo que les permitiría consagrar sus almas al espíritu de la naturaleza por el resto de la eternidad: un animal espiritual propio, asignado con igualdad a su nivel de poder y personalidad.

En total fueron veintidós los arcángeles creados por Padre, pero entre todos ellos, uno destacó especialmente por su destreza implacable en la lucha y su feroz ímpetu guerrero: Lucifer, bautizado por su propio creador como el Espíritu Brillante del León, comandante de su poderosa legión celestial y también considerado un noble compañero entre sus hermanos; sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que la naturaleza creadora de la deidad volvió

a hacer mella en su viejo corazón. A pesar de sentir orgullo por cada uno de sus extraordinarios guerreros, no conseguía reprimir los anhelos de dar vida a un reino nuevo y distinto.

—La naturaleza única de tu origen es un arma de doble filo, mi querido Padre. Comprendo mejor que nadie los deseos que alberga tu corazón, pero para los seres como nosotros, ambicionar demasiado puede llevarnos también a nuestra perdición —le previno Hablos, pero la divinidad obcecada decidió no escucharlo.

Inquieto por las reiteradas advertencias del sabio dios del destino, Padre tomó la decisión de crear un reino inferior al Cielo y completamente apartado del mundo espiritual, donde sus residentes carecerían del poder suficiente para enfrentarlo, pero seguirían siendo lo bastante especiales para ser proclamados «hijos del Creador».

Sin escatimar en detalles, el dios creó a Adán y Lilith, sus dos vástagos humanos sobre los que recaería la responsabilidad de una importante misión: originar descendencia que colmara de vida su nueva creación, el Reino Aparente; un lugar apacible, plagado de viva y frondosa vegetación, animales y grandes corrientes de ríos y cascadas.

Algo desconfiado por el posible comportamiento de sus nuevos hijos, Padre ordenó a varios de sus arcángeles de confianza custodiar el Reino Aparente durante un tiempo, entre los que se encontraban Lucifer y el segundo oficial al mando de su ejército celestial, Astaroth, el espíritu del oso; pero en ese momento, lejos estuvo de imaginar el error que acababa de cometer, uno que estaba a punto de cambiar el destino de todos, incluido el de los propios dioses.

—¿Qué será de nosotros, Astaroth? ¿Hasta cuándo seremos capaces de ocultarnos? —inquirió Lilith angustiada, rodeando al arcángel de su musculoso brazo.

En contra de todo pronóstico, Lilith, la humana original se había enamorado irremediamente de Astaroth; y él, que luego de un tiempo ya no pudo continuar resistiéndose a la increíble belleza

única de sus encantos, acabó enamorándose locamente también de ella. Un amor prohibido al mismo tiempo que genuino e intenso, uno tan grande y puro, que les resultó imposible de reprimir.

—No lo sé, mi preciosa Lilith —le respondió Astaroth con notable aflicción en el tono de su voz, mientras que cautivado por su apariencia acariciaba uno de sus largos tirabuzones rubios—, pero es evidente que Padre se encuentra inquieto. Cada vez es más frecuente la presencia de mis hermanos por aquí. Creo que está comenzando a sospechar algo... —la miró a los ojos lleno de preocupación.

Los cimientos del nuevo reino se tambaleaban debido al rechazo que Lilith demostró hacia su humano destinado Adán, que a causa de su distanciamiento cada vez más notorio comenzó a mostrarse reticente y apático ante la unión; pero lo que realmente nadie podía imaginar era que Lucifer, que contemplaba sentado en cuclillas sobre la rama de uno de los árboles más próximos la romántica escena, hubiera estado interfiriendo desde las sombras en su encubierta relación. La realidad era que, al arcángel con cada instante, se le dificultaba más y más mantener la rabia y la frustración bajo control debido a que Lilith se hubiera fijado en uno de sus oficiales antes que en él, lo cual hería no solo su ego como hombre, sino también el marcado orgullo de su animal espiritual, que rugía con ferocidad desde lo más profundo de su interior en cada ocasión que los hallaba juntos y acaramelados.

—Prefiero que mi hermano perezca ante la ira de los dioses a verte entre sus brazos —masculló apretando los puños al límite, tanto, que las venas se le marcaron a través de la piel.

En un acto impulsivo, el arcángel dominado por la envidia y los celos decidió informar a Padre de lo que estaba sucediendo con la esperanza de que la divinidad relegara a Astaroth tanto de su posición al mando, como de su presencia en el Reino Aparente; pero en ese momento, el arcángel lejos estaba de imaginar los impredecibles designios de su creador. La deidad furiosa por descubrir aquella traición por parte de uno de sus arcángeles predilectos de-

cedió castigar exclusivamente a Lilith, no solo por haberse atrevido a desobedecer su voluntad, sino también por haber corrompido el corazón de varios de sus guerreros.

Decepcionado, el dios la expulsó del Reino Aparente, creando debido a la intensidad que alcanzó su cólera un horripilante lugar de expiación y fuego abrasador al que bautizó como el Elheiser¹.

—Eres una deshonra, Lilith. Quien rechaza las órdenes del dios de la creación, lo rechaza todo —la repudió.

El cometido de encerrar a Lilith para siempre en el nuevo reino de fuego fue designado a Lucifer, que completamente en contra de la tiranía que demostró Padre tomó la decisión, respaldado por otros dieciocho arcángeles más entre los que también se encontraba Astaroth, de rebelarse contra él.

—Padre, se lo ruego, no nos obligue a hacerlo —suplicó en esta ocasión Astaroth.

—Arcángeles ingratos, ¿desafiáis a vuestro creador? Entonces seréis vosotros los que serán severamente castigados. Ahora partid junto a vuestra perdición y conoced las consecuencias de vuestra osadía —rugió el dios airado frente a ellos.

De pronto, la húmeda tierra bajo los pies de Lilith comenzó a agrietarse. Gritos ininteligibles de dolor, lamentos y un horrible hedor emanaron del fondo de aquel aterrador abismo de fuego, que alcanzó dimensiones desproporcionadas en cuestión de milésimas de segundo; a la vez, decenas de manos de aspecto abominable y largas garras emergieron sorpresivamente de entre las llamas para tirar con vehemencia de sus pies descalzos.

Incapaz de ocultar el desconcierto y el terror en la expresión de su rostro, los ojos de Lilith se colmaron de lágrimas, consciente de que no había nada que pudiera hacer para eludir su fatídico destino.

—¡Padre, por favor, piedad! —imploró clavando desesperadamente las uñas en la tierra mientras que su cuerpo se acercaba de manera irremediable cada vez más a la abertura.

¹ *Elheiser*: en el antiguo idioma de los dioses significa «averno de fuego».

El Reino Aparente, situado ahora entre el Reino de los Cielos y el Elheiser, creado en sus inicios como lugar de sosiego y disfrute para los seres humanos fue colmado de cenizas y gases pestilentes, mientras que la tenebrosa oscuridad que brotaba de las profundidades de la grieta se esparcía rápidamente por cada rincón.

Incapaz de quedarse de brazos cruzados, Lucifer se giró lentamente para encarar a la esfera de fuego carmesí, brillante e imponente que era su creador; pero antes de pronunciar siquiera una palabra, sus ojos se clavaron desafiantes en él una última vez, y completamente consciente de que ya no había vuelta atrás, hizo una promesa:

—Juro que hallaré la manera de hacerle pagar por esto, Padre —gruñó posicionando el cuerpo con seguridad en su dirección—. No importa el tiempo que pase, no descansaré durante el resto de mi eternidad hasta que haya visto perecer tu estimada creación.

El arcángel liberó las fulgurantes alas de su espalda y sin titubear se precipitó de cabeza al vacío sucedido prácticamente al instante por Astaroth, y a este último le siguieron otros diecisiete guerreros más que, al igual que ellos, habían quedado totalmente prendados de Lilith. Una imagen desoladora que quedaría grabada en la memoria de todos los integrantes del Reino de los Cielos para siempre.

—Que así sea —aceptó Padre el desafío.

De pronto, un resplandor dorado emergió mágicamente del interior del cuerpo de Lucifer mientras descendía a toda velocidad a la tierra que lo hizo aullar de dolor. Se trataba de una imponente catana de grandes dimensiones y completamente prendida en llamas, que se apreció durante unos breves instantes levitando en el aire; pero antes de que el arcángel tuviera la oportunidad de alzar la mano para tratar de alcanzarla, esta se desvaneció a la velocidad del rayo entre las nubes. No se trataba de un arma cualquiera, sino de la legendaria Bakko: una reliquia muy especial que Padre encargó a Lixus crear especialmente para el comandante de su ejército celestial, aunque él ya poseía su guadaña Nuxel desde la repartición

de armas inicial con el resto de sus hermanos. La traición del león hirió tanto los sentimientos y el orgullo de Padre como creador, que no dudó en arrebatársela. Indudablemente, conceder una reliquia con semejante poder espiritual a un hijo desleal había sido un terrible error que jamás repetiría.

—Si estás de acuerdo, yo me encargaré de Bakko a partir de ahora —propuso Padre en tono serio dirigiéndose al dios de la guerra, que asintió conforme con la cabeza.

Cuando Astaroth alcanzó el suelo, cubrió rápidamente con su cuerpo a Lilith para auxiliarla de las criaturas que se habían mantenido aferradas a sus piernas; Lucifer, en cambio, le arropó la espalda, mientras que el resto intentaba llegar desesperadamente hasta ella, gritando su nombre a viva voz como si se tratara de súplicas reiteradas a un ente superior.

Poco a poco, los arcángeles fueron engullidos sin remedio por el gigantesco abismo de fuego que se había formado en la tierra. Cuando Astaroth estuvo al límite de sus fuerzas, posó durante un instante su sombría mirada en la azul con toques malvas de Lucifer, que no dudó en dedicarle una media sonrisa desafiante.

«León demente, ¿qué estás tramando?», inquirió sorprendido mentalmente por aquella demostración, pero extraño o no, ya nada resultaría relevante para ellos; incluso si la muerte no lograba alcanzarlos, eso no les libraría de padecer un destino trágico, muy trágico. Tan solo los dioses eran auténticos conocedores de la calamidad que les aguardaba ahí abajo.

Entonces decididos a enfrentar las consecuencias de su elección, los arcángeles finalmente se soltaron del suelo a la vez junto a su amada Lilith y quedaron devorados al instante por las llamas. Cuando el resto de los guerreros que habían conseguido resistir hasta el momento se precipitaron sin dudar tras ellos, la extensa grieta se cerró de forma abrupta y el silencio inundó nuevamente el reino.

—Ahora arded, vigilantes del Elheiser. Devorad sin piedad a esa criatura ingrata por haberos atrevido a rebelaros contra mí.

Así, en un tono casi imperceptible y completamente incapaz de mostrar misericordia, la divinidad de la creación pronunció unas palabras que cambiarían para siempre el rumbo de la historia.

—*Ielpo sang Lilith maldierfus*² —musitó con desprecio.

Sin remedio, Lilith comenzó a ser devorada con ansias por los arcángeles como si se trataran de bestias salvajes carentes de voluntad y autodominio, enloquecidos por el intenso aroma frutal que su cuerpo comenzó a emanar de repente.

—Tú mismo has dado vida a un monstruo que tarde o temprano hallará la manera de hacerte frente —pronosticó Hablos con pesadumbre cuando se situó al lado de Padre para contemplar la encarnizada escena que sucedía bajo sus pies—. El destino de los reinos no estará en manos de los dioses la próxima vez. Hasta llegado el momento, no volverás a contar con el poder de Lixus ni del mío. Así funcionan, como bien sabes, las leyes sagradas cuando uno de nosotros sobrepasa los límites. He aquí por culpa de tu irrefrenable ambición, el final de la era de los antiguos dioses —sentenció defraudado dándole la espalda.

De ese modo, dos inquietantes profecías brotaron mágicamente del místico interior del dios del destino, que decían así:

«Algún día regresará la Tentadora, que resurgirá de forma extraordinaria en el interior de una humana muy especial. Ella será la que traerá la salvación o la destrucción a los reinos».

«Aquel que consiga dominar a la serpiente ganará la batalla, pero para eso, el sol debe salir por el oeste y ponerse por el este; lo que está escondido debe revelarse y así, finalmente despertará lo que estuvo dormido. Solo un dios puede acabar con la vida de otro dios».

Tras aquel terrible suceso, los antiguos dioses Lixus y Hablos desaparecieron, solo quedó Padre junto a un profundo sentimiento de decepción y apatía en un reino decadente sumido en la desconfianza. Mientras tanto en el Elheiser, todos los arcángeles que pro-

² *Ielpo sang Lilith maldierfus*: en el antiguo idioma de los dioses significa «sobre vosotros la sangre maldita de Lilith».

baron una vez la carne de Lilith quedaron marcados para siempre por una maldición que les privaba de su forma original y del color dorado y brillante de sus alas. El mortificante sentimiento de culpa, el hambre insaciable y el profundo rencor hacia Padre los consumía, y de esa forma atroz vagaron por el resto de la eternidad.

CAPÍTULO I

Reino Aparente

En la actualidad

Lucien esquivaba los árboles de un bosque situado a varios kilómetros al norte de Dippen, Escocia. Sus piernas se movían a la velocidad del rayo; su ropa estaba desgarrada y llena de manchas de barro; y en su cuerpo, desde su rostro hasta sus pies descalzos, se apreciaban múltiples cortes ligeramente ensangrentados. Él era un chico joven con ojos claros como el mar, de cabello corto y oscuro como el ébano, tez bronceada, complexión delgada y también bastante alto; pero nada del otro mundo; no poseía ninguna cualidad que lo hiciera destacar sobre los demás, solo alguien ordinario a quien la vida había golpeado con mucha fuerza desde el inicio de su existencia. Más concretamente, se trataba de una víctima que llevaba huyendo de aquellos tipos rudos con uniforme militar más de dos días, pero, para su desgracia, apenas había conseguido sacarles algo de ventaja. Esta era la primera vez que conseguía escapar milagrosamente de esa casa del terror, una vetusta villa vacacional situada entre las verdes colinas de Campbeltown, lugar aislado al que su padre, el influyente y rico empresario Allan Orfali envió a la fuerza hace más de cinco años y que lejos estaba de asemejarse a un hogar residencial normal y corriente. Ciertamente era que jamás había mantenido una estrecha relación con él a pesar de ser el único familiar vivo que tenía. Lo detestaba, lo odiaba pro-

fundamente y no se molestaba en ocultarlo. Desde que nació, el trato recibido por su parte había sido despreciable e inhumano, y la situación empeoró considerablemente desde que se hizo pública la noticia de la muerte en extrañas circunstancias de su madre Helena, a la que ni siquiera recordaba. Allan lo culpaba de esa tragedia todo el tiempo sin importarle en absoluto que él, a pesar de haber estado presente cuando todo ocurrió, solo tuviera seis años. Fue a partir de entonces que comenzó a maltratarlo verbal y físicamente bajo la absurda creencia de que algo malvado habitaba en lo más profundo de su interior, pero lo peor de todo... es que se había convencido totalmente de ello.

Durante algunos años, Allan lo mantuvo encerrado en el sótano de su lujosa casa de Barcelona, pero cuando la vida le presentó la oportunidad de volver a casarse decidió enviarlo, temeroso por el bienestar de su nueva mujer, lo más lejos posible. Por si eso fuera poco, ordenó mantenerlo cautivo bajo la supervisión de personas que se hacían llamar a sí mismos con orgullo «exorcistas», un grupo de lunáticos carentes de valores humanos que trabajaban bajo sus órdenes y hablaban y actuaban, según ellos, en el sagrado nombre de nuestro señor Jesucristo.

«¡Confiésanos tu nombre, demonio!», «¡Nadie se compadecerá de ti, monstruo!», eran algunas de las frases vejatorias que le dedicaban continuamente las personas encargadas de ese lugar cuando pasaban por delante de la puerta de su habitación de aislamiento. A veces le escupían o se negaban a alimentarlo durante días, y otros simplemente golpeaban los barrotes de su ventana de vez en cuando para atormentarlo. Pero a pesar de parecer una situación sumamente deprimente, lo cierto era que su vida siempre había sido miserable, desde donde alcanzaba su memoria, como si su existencia se asemejara a una camiseta vieja y desgastada que acaba desechándose en la basura.

«¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Es mi culpa haber nacido? Ellos hablan del infierno, pero ¿acaso esto no lo es? Ojalá pudiera desaparecer», pensó afligido en innumerables ocasiones, incluso de

no encontrarse en permanente vigilancia, pronto harían veintiún años que habría acabado con su tormentosa vida, una indigna que solo le había ocasionado desdicha.

Ahora lejos de afligirse por los amargos recuerdos del pasado, Lucien continuaba huyendo sin rumbo fijo entre los árboles, fatigado, asustado y... hambriento.

—¡Sal de una vez, bastardo! Juro que te daré una paliza cuando te encuentre.

—Por aquí —vocearon personas no muy lejos de su situación.

Su cuerpo entero se estremeció ante el temor que le provocaba la mera idea de verse obligado a regresar a esa casa plagada de dementes.

—Maldita sea —jadeó luchando por recobrar el aire.

Frente al miedo y la desesperación, comenzó a mirar con nerviosismo a su alrededor en busca de opciones. Huir no le había servido de mucho y, aunque quisiera continuar, ya no le quedaba energía.

«¿Qué hago? —inquirió angustiado mentalmente mientras rebuscaba algo entre las hojas y las ramas del suelo con lo que poder defenderse—. No puedo volver allí, no puedo...», se repetía como un mantra mientras que de sus ojos azules brotaban lágrimas de frustración.

—Detrás de ti.

Desconcertado, se giró rápidamente y descubrió que no había nadie tras él.

—Pero qué diablos..., ¿lo habré imaginado? —murmuró contrariado, frotándose la nuca.

Cuando volvió a incorporarse, inconscientemente alzó la mirada y frente a él halló un gigantesco árbol envuelto en musgo. Por alguna razón, la descabellada idea de escalarlo le vino de repente a la cabeza, pero, aunque pudiera parecer una locura y un suicidio, prefería arriesgarse a caer y romperse la crisma que pudrirse en aquel lugar olvidado de la mano de Dios, nunca mejor dicho.

Y sin detenerse a analizar fríamente las consecuencias de sus actos, comenzó a escalar con sorprendente agilidad el inmenso tronco, adhiriéndose a él como usualmente lo hace la hiedra. Sin comprender el motivo, se percató de que su fuerza había aumentado de forma considerable y que conforme ascendía, notaba su cuerpo más y más ligero. Inexplicablemente, parecía un animal salvaje trepando con velocidad entre las ramas.

«¿Cómo es posible? ¿Será por la adrenalina?», inquirió mentalmente asombrado por su destreza. Jamás imaginó que escalar así fuera tan sencillo.

Escasos dos minutos después, ya había alcanzado la copa del árbol. Los hombres uniformados que hasta el momento lo habían estado persiguiendo sin descanso se miraron confusos los unos a los otros, y él, que por fin se sintió a salvo luego de días de intensa huida, fue incapaz de contener un gran suspiro de alivio.

El viento frío chocando con su piel magullada le permitió relajarse un instante, entonces dejó caer la espalda sobre el áspero tronco del árbol y, tras un breve instante para recuperar el aliento, contempló largamente el hermoso paraje que lo rodeaba desde aquella altura: chispeaba; el cielo encapotado opacaba ligeramente los rayos anaranjados de un nuevo amanecer, que atravesaban con dificultad la neblina que inundaba las profundidades del lugar; el humo que emergía de las chimeneas de algunas casas enladrilladas se vislumbraba a lo lejos, situadas entre las verdes y nevadas montañas. Todo a su alrededor era fresca y viva vegetación, y esa imagen de ensueño alivió durante un breve instante el dolor infernal que sentía en cada centímetro del cuerpo.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se cuestionó mentalmente sin apartar la mirada del horizonte.

Exhausto, inspiró profundamente y luego exhaló con violencia.

De repente, algo captó su atención y su mente se detuvo. Sus músculos se tensaron, la boca le comenzó a salivar y una sensación abrasadora escaló por su columna vertebral, como esa clase de cosquilleo que provocaría el azote de una fusta. Entonces ya no pudo concentrarse en nada más, solo en aquel intenso aroma que, en un

instante, había inundado por completo todo a su alrededor.

Sorprendido por ese suceso, volvió a inspirar una vez más para deleitarse y tensó la espalda. Fuera lo que fuese era éxtasis puro, un aroma peculiar y a la vez familiar que había conseguido erizar cada centímetro de su piel.

—Dios mío... —suspiró maravillado, y eso fue lo único que alcanzó a decir.

Lucien saltó temeraria e impulsivamente de la copa del árbol y posó con alarmante suavidad sus pies descalzos sobre el suelo cuando llegó abajo. Lejos de llegar a plantearse cómo diablos había podido caer de esa manera tan increíble, comenzó a correr desesperadamente en busca del origen de ese aroma ignoto que lo estaba volviendo loco. Ahora ni siquiera le importaba lo más mínimo si esos hombres dementes lo capturaban, lo encerraban o lo atacaban por la espalda con un hacha. Solo anhelaba hallar, fuera lo que fuese, la cosa que emanaba tan exquisito olor.

En cuestión de minutos desembocó en una vieja carretera secundaria que delimitaba el bosque con una extensa ladera y volvió a inspirar. Un coche negro con los cristales tintados se aproximaba a él rápidamente cuando se percató de que el aroma tan embriagador, que había nublado por completo su razón, también provenía de esa misma dirección.

—Detén el coche.

Sin comprender cómo ni en qué momento había comenzado a caminar, se colocó totalmente enajenado en medio del asfalto; eso hizo que el conductor sorprendido por su intromisión perdiera el control del volante y descarriara, lo que provocó que se estrellara violentamente contra uno de los árboles limitantes de la carretera.

Lucien se encontraba tan abstraído, que no se preocupó lo más mínimo por el accidente que él mismo había provocado. El olor se había vuelto tan intenso, que era casi insoportable; la lengua le hormigueaba y el estómago le rugía. Definitivamente, fuera lo que fuese, provenía del interior de ese coche 4x4 que había quedado destrozado.

De pronto, sus oscuras pupilas se dilataron al máximo y sus pies, que se encontraban llenos de rasguños y ampollas ensangrentadas, se movieron instintivamente hacia él.

—Aguarda, antes tenemos que deshacernos de esos dos.

Detuvo el paso en seco. Finalmente parecía haberse percatado de aquella intrusión mental perturbadora y, siguiendo su advertencia, escudriñó con la mirada a las extrañas criaturas que se aproximaban al vehículo a toda velocidad. Se trataba de un hombre y una mujer de mediana edad que corrían semidesnudos por medio de la carretera a cuatro patas. Sus ojos lucían blancos y en sus bocas se observaban unos puntiagudos colmillos, que sobresalían de sus labios junto con una alargada lengua. Sus uñas eran afiladas, y su piel tan pálida y venosa, que parecían auténticos cadáveres andantes.

—Pero qué... —murmuró desencajando la mandíbula—. ¿¡Qué son esas cosas!?

—inquirió mientras retrocedía inconscientemente unos pasos a causa de la impresión. Lo cierto era que tuvo que hacer el esfuerzo más grande de su vida para no caer desmayado al suelo por el tremendo susto.

—Son gins³. Bueno, técnicamente hablando, son humanos poseídos por gins —aclaró la extraña presencia de su cabeza.

—Genial, ahora también oigo voces... —bufó en tono irónico—. Sí, eso es. Tanto tiempo encerrado en esa habitación... seguro que ya he perdido por completo el juicio —concluyó en voz alta para sí mismo mientras se movía con inquietud de un lado a otro. Era absolutamente demencial que algo así le estuviera sucediendo.

—Atiende, humano debilucho —gruñó la voz de forma intimidante—. Acéptame o esos dos devorarán sin piedad a las personas del auto.

—De... ¿Devorar? —inquirió Lucien espantado, que tuvo que tragar saliva.

—Maldición, ¿todo esto realmente está pasando? Pero sobre todo y más importante, ¿qué diantres es la cosa con la que se supone que estoy dialogando?

³ *Gin*: espíritu maligno del Elheiser que actúa como lacayo de un vigilante.

—¿Quién eres tú? —se atrevió a preguntar finalmente, pero con voz temblorosa.

Tras un breve momento de silencio que resultó sumamente tenso, quienquiera que fuese se volvió a manifestar en su mente.

—Soy... ¿un amigo? —respondió con descarada picardía la criatura que le hablaba desde su interior.

En ese momento, Lucien enarcó una ceja con incredulidad y apretó los dientes.

—¿¡Te burlas de mí!? —alzó las manos al cielo con crispación—. Espera un momento. Acaso tú eres..., eres... —perdió ligeramente las fuerzas cuando se percató de esa posibilidad. Lo cierto era que, ahora que había caído en la cuenta, supo que tenía tanto miedo de conocer la respuesta, que fue incapaz de terminar la frase.

—Soy un vigilante —confesó la voz exhalando un largo suspiro—. No es lo mismo, pero para que te hagas una idea, se asemeja en cierta manera a lo que estás pensando.

—Espera, ¿cómo diantres sabes lo que estoy pensando? —inquirió Lucien lleno de desconcierto.

—Idiota, ¿qué importa cómo sabe lo que estás pensando? ¿Acaso es algo relevante? Lo realmente inquietante es la realidad que esconde este hecho: un demonio, esa cosa que te está hablando mentalmente como si nada, es un demonio —abrió consternado los ojos y su cuerpo entero comenzó a temblar—. Entonces, ¿todo era cierto? Años de maltratos, humillaciones y hostigamiento por parte de esos dementes, ¿no era el resultado de su despreciable fanatismo religioso? ¿Realmente tenían un motivo de peso para hacer todas esas cosas horribles? —se cuestionó aturdido mentalmente.

Pero esa no fue la peor conclusión a la que llegó. Su padre, ese hombre vil que lo había repudiado desde el día que nació porque estaba convencido de que algo aterrador invadía su cuerpo... siempre tuvo razón.

Furioso con la verdad, apretó los puños al límite.

—No hay tiempo para la autocompasión, chaval. ¡Acéptame!
—intervino impacientado el vigilante, sacándolo *ipso facto* de sus profundos pensamientos.

Las lágrimas comenzaron a descender por las mejillas de Lucien, que, dominado por la rabia, se aprisionó el labio inferior con los dientes.

—Yo... no puedo hacer eso —sentenció con voz quebrada mientras se retiraba de mala manera las lágrimas con el antebrazo, en el que se podía apreciar un par de cortes profundos y algunas diminutas cicatrices.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que sucederle algo así justo ahora? ¿Acaso las desgracias no acabarían nunca?

—Esto iba a pasar tarde o temprano, muchacho —suspiró el vigilante molesto por su negativa—. Escucha, no nos queda tiempo. Puedes continuar encerrado de por vida en esa habitación oscura como un animal apaleado o... —hizo una breve pausa para darle emoción— puedes aceptarme y fortalecerte para enfrentar a esos gins. Luego cogemos a la chica y desaparecemos de Escocia para siempre. Elige una —lo instó.

«¿Chica? ¿Qué chica? ¿De qué diantres está hablando?», se preguntó Lucien confundido mentalmente. Todavía se sentía tan abrumado por los acontecimientos, que su mente apenas podía razonar con claridad. El intenso olor que emanaba del interior del coche no le permitía enfocarse. Tenía mucha, mucha hambre, e inexplicablemente, no había un solo centímetro del cuerpo que no le ardiera a fuego. Estaba furioso con la entidad que irrumpía sin permiso en su cabeza, pero, sobre todo y principalmente, consigo mismo. ¿Realmente existía un futuro digno para alguien que había pasado la mayor parte de su vida en completa oscuridad? Desde el inicio siempre había sido rechazado por todos. Por más que le deprimiera la idea, lo cierto era que a diferencia de los demás, no tenía un lugar cálido y acogedor al que poder regresar o una familia que esperaba su vuelta; ni siquiera albergaba, tristemente, un motivo de peso por el que querer continuar viviendo. Solo deseaba

con todas sus fuerzas tener la posibilidad de olvidar los años de sufrimiento y soledad que había tenido que padecer durante su corta existencia. Deshacerse definitivamente de la angustia incesante que lo consumía poco a poco por dentro, del rencor... y del miedo. ¿Acaso resultaría tan irónico querer aferrarse a la vida después de todo?

—*Eshër icher, dabil*⁴. Repite esas palabras, Lucien Orfali, y te aseguro que tu tormentoso pasado solo te parecerá un mal sueño — prometió el vigilante en tono alentador y atrayente.

Pero Lucien, a pesar de sentirse tentado por su oferta, no se dejó engatusar tan fácilmente.

—¿Qué significa? —preguntó desconfiado mientras se retiraba hacia atrás cortos mechones de flequillo—. Si lo hago, ¿me poseerías? Voy... —tragó saliva y su cuerpo se tornó ligeramente en dirección a las criaturas que parecían sacadas de una película de terror—. ¿Voy a convertirme en una de esas cosas abominables? —las señaló con su tembloroso dedo índice.

Pero a pesar de su insistencia, no obtuvo respuesta.

Sin saber qué hacer, presenció horrorizado cómo aquellos seres de tremebunda apariencia llegaban finalmente al coche y golpeaban con agresividad la ventanilla derecha de la parte trasera para intentar acceder al interior.

—Dilo o ella morirá.

Por primera vez, fuera lo que fuese la cosa insistente que invadía sin permiso su mente sonó realmente angustiada. ¿Cómo se había visto envuelto de repente en toda esa locura?

Las gotas de sudor frío descendían por los laterales de su rostro colmado de contusiones mientras que al mismo tiempo apretaba los puños en un intento por armarse de valor. Él nunca había sido nada. Durante su deprimente existencia solo había conocido el odio y el desprecio de las personas que lo rodeaban. Si desapareciera del mundo probablemente, nadie se percataría de su ausencia, para muchos incluso sería un verdadero alivio; así que, si

⁴ *Eshër icher, dabil*: en idioma demoníaco significa «yo te acepto, vigilante».

convertirse en una horripilante criatura brindaba a esas personas la oportunidad de continuar disfrutando un poco más de sus felices vidas, estaba satisfecho de poder ayudar.

—*Eshër icher, dabil*—pronunció resignado lo mejor que pudo.

Debido al intenso zumbido que se hizo presente de pronto en su cabeza, cayó al suelo de rodillas. Por alguna razón, la fuerza en sus piernas se esfumó.

—¡Al fin! —rugió eufórico el vigilante tras romper a reír como un desquiciado—. Lo siento, muchacho, pero no tenemos tiempo para que tu cuerpo culmine la transformación. Tendrás que apañártelas...

—Espera un segundo. Qué... ¿Qué transformación?

Lucien sintió una fuerte punzada en la parte baja de la espalda que recorrió toda su columna vertebral. Sus ojos cambiaron a un color azul mucho más claro e intenso; las uñas de las manos le crecieron mágicamente algunos centímetros y su cuerpo se puso en pie de golpe con agilidad, como si una fuerza externa lo hubiera empujado a incorporarse obligadamente sobre sus pies. Desconcertado, se percató de cómo los huesos se le rompían abrupta y lentamente uno a uno para ensancharse y, arrollado por la intensidad del dolor, no pudo evitar caer de nuevo al suelo ni reprimir un aullido feroz.

—¿Qué me estás haciendo? —inquirió gruñendo desde lo más profundo de su garganta, mientras que sus nuevas garras se clavaban con desesperación en el asfalto.

—¡No hay tiempo, chico!

Carente de autodominio, Lucien comenzó a correr a toda velocidad en dirección a los seres que seguían intentando acceder como locos al interior del coche. Entonces, como si se tratara de un ninja profesional, saltó con agilidad por encima del automóvil para asistíles una patada de tal calibre, que ambos salieron disparados varios metros por los aires. Luego se aproximó a paso decidido, y sin miramientos, los alzó del cuello.

—Pregúntales quién los envía.

—¿Quién os envía, gins? —inquirió siguiendo las órdenes mentales del vigilante.

—¡Líder! —exclamó emocionada la extraña mujer de ojos espeluznantes—. Mi señor, hemos encontrado a...

—¿Qué quién os envía! —insistió Lucien exaltado. Con violencia, la zarandó mientras que con uno de sus pies descalzos mantuvo aprisionado del cuello al otro gin; pero ¿desde cuándo se había vuelto tan fuerte?

Por alguna razón, oír la risa nerviosa de la mujer mientras apretaba sin contemplaciones su garganta lo estremeció. ¿Qué diantres les habría sucedido a estos pobres desgraciados para lucir una apariencia tan escalofriante?

—Sí, así. ¡Más fuerte, mi señor! ¡Mátala, mátala! —lo provocó el gin riendo a carcajadas.

E incapaz de ejercer autocontrol sobre sus emociones, Lucien le arrancó la cabeza de cuajo y luego le hizo lo mismo a su compañero.

—Menudo temperamento... —murmuró el vigilante tras soltar un silbido jocoso—. Honestamente tenía mis dudas, pero creo que haremos un buen equipo después de todo —comentó satisfecho.

Asombrado de no sentir ningún remordimiento por haberle arrebatado la vida a dos personas, Lucien guardó silencio mientras se zafaba de los restos de sangre que habían quedado impregnados entre sus largos dedos. Luego se aproximó a paso rápido hasta el coche destrozado, y cuando lo alcanzó, arrancó una de las puertas traseras para a continuación, lanzarla con violencia por los aires. Una niña rubia de aproximadamente doce años yacía inconsciente en el asiento. Por un lateral de su frente descendía poco a poco una espesa cantidad de sangre la cual él, intrigado y embelesado, persiguió con la mirada. E inconscientemente se succionó el labio inferior. Por lo que parecía, se había dado un buen golpe en la cabeza.

Sin pensárselo dos veces, le desabrochó el cinturón, la sostuvo con cuidado entre sus brazos y la tumbó sobre el asfalto de la carretera. Entonces en un irrefrenable impulso, se colocó encima

de ella apoyando las palmas de las manos sobre el suelo para no aplastarla con el peso de su cuerpo. En silencio, la examinó con la mirada de arriba abajo como si se tratara de algo extraordinario. Y finalmente, cuando sus ojos se sintieron satisfechos, aproximó la nariz a su cuello para inspirar su aroma, lo que permitió que la naturaleza primitiva del ser que habitaba en su interior lo poseyera como un río de lava ardiente.

—Qué eres... —suspiró cautivado, liberando de golpe el aire contenido en sus pulmones. Entonces aproximó la boca hasta la de ella, y sin titubear, lamió la pequeña gota de sangre que se había detenido sobre su labio superior.

Cuando el increíble sabor de la sangre golpeó su paladar, los latidos de su corazón por un instante se volvieron dolorosos; eso hizo que sus ojos azules se tornaran oscuros como el carbón.

—Lilith...

La aficción que demostró la voz del vigilante no pasó en absoluto desapercibida para Lucien, pero estaba tan asombrado por las intensas sensaciones que invadían su cuerpo en ese momento, que decidió ignorarla.

Concentrado de nuevo en la pequeña, rodeó con suavidad sus mejillas pecosas para lamerle los restos de sangre que aún continuaban descendiendo por su piel.

Pero, para su sorpresa, la misteriosa joven abrió los ojos de repente.

—¿Quién eres? ¿Dónde está mi padre? —inquirió desorientada, mirando a su alrededor.

A Lucien el vello de la nuca se le erizó cuando ambos cruzaron sus miradas por primera vez. El color de ojos de esa niña tierna había resultado ser tan dorado y brillante, que mirarla directamente lo deslumbró durante unos segundos, algo que le recordó a lo que experimentaba cuando salía tras pasar encerrado varias semanas en su habitación de aislamiento.

Y esa revelación que parecía obra del destino le provocó alegría, pero, sobre todo y principalmente, un hambre insoportable que le retorció las entrañas.

—¿Quién eres tú? —insistió ella.

Lucien clavó la mirada llena de deseo en su garganta, fue entonces cuando sintió desde lo más profundo de su interior unas irrefrenables ganas de devorarla. La débil pulsación de su carótida lo incitaban a querer desgarrarle su cuello allí mismo, y esa idea vil cruzando inexplicablemente por su cabeza lo perturbó todavía más.

«¿Qué me está pasando?», inquirió mentalmente consternado por sus impulsos, y bajo la confusa mirada de la pequeña, que continuaba observándolo con interés, ahogó un gruñido y apretó los puños en un intento desesperado por reprimir aquel instinto depredador que parecía haberlo poseído por completo. No quería lastimarla, solo era una persona joven e inocente, pero resistirse al aroma de semejante delicia lo estaba enloqueciendo.

Una lágrima brotó del ojo derecho de Lucien, que parecía sufrir terriblemente. Entonces la niña contrariada por su silencio extendió la mano para posarla con suavidad sobre su mejilla, un gesto que consiguió estremecerlo.

—Tú... me has salvado —afirmó ella dedicándole una sonrisa.

«¿Qué...? ¿Salvarte? ¿Yo? —inquirió Lucien mentalmente, aturdido por sus palabras. Por algún motivo, su cuerpo no podía parar de temblar—. No, claro que no. No soy ni de lejos el héroe que tú imaginas. Si tan solo supieras las cosas macabras que por un instante he dudado en hacerte...».

La sensación que le provocó el simple hecho de tener la mano de esa joven posada sobre su rostro fue lo más asombroso que había experimentado en toda su vida, así que en eso se enfocó para apagar la abrasadora llama que repentinamente se había prendido en lo más profundo de su interior. Sus ojos, sus labios delineados, la suavidad de su piel pálida como el mármol... Todo en ella era sencillo y perfecto.

Fascinado por su apariencia, suspiró. Luego cerró los ojos y se frotó contra la palma de su mano sin ningún pudor.

—Por favor, no llores... —rogó la pequeña antes de perder nuevamente la consciencia.

Lucien le retiró delicadamente un mechón rubio que le había caído desparramado por el rostro y a continuación, lo acarició con curiosidad entre sus dedos. Después la contempló sin pestañear, como si hubiera descubierto un tesoro. Definitivamente era lo más hermoso que sus ojos habían visto nunca, no solo por fuera, sino también por dentro. Nadie antes había sido gentil con él, y la parte más egoísta y desamparada de sí mismo no tardó en anhelar más, mucho más.

«Así que realmente existen las buenas personas en este mundo, ¿eh?», meditó dibujando una media sonrisa en el rostro. Por más que le extrañó, no se cansaba de admirarla.

Escasos minutos más tarde, consciente de que debía hacer algo con la brecha abierta de su cabeza, decidió incorporarse del suelo despacio con ella en volandas; tenía que ayudarla. Y justo cuando estaba a punto de emprender el paso hacia el interior del frondoso bosque, se percató de la amenaza de una extraña presencia a sus espaldas.

—Muchacho, sal de aquí. ¡Ya! —apremió angustiado el vigilante en su mente.

Pero para la desgracia de Lucien, fue demasiado tarde para huir.

—Sométete, vigilante.

Una intensa punzada cruzó la cabeza de Lucien como una flecha, que le provocó un ligero mareo del que se recompuso rápidamente.

Cuando se giró enojado con la pequeña aún inconsciente entre sus brazos, descubrió a la increíble criatura que había irrumpido allí. Se trataba de un hombre joven de unos veintidós años, alto y condenadamente apuesto que vestía de negro de pies a cabeza. Su melena larga hasta la cintura, que se movía con suavidad y elegancia al compás del viento, era lisa y grisácea. Pero definitivamente, lo que más le llamó la atención fueron sus grandes y desafiantes ojos de color púrpura, brillantes como dos amatistas, que se encontraban sutilmente camuflados bajo algunos mechones de cabello a modo de flequillo. Su rostro era delicado y cautivador, con aires

andróginos; los músculos se le marcaban ligeramente a través de la camiseta; y entre los finos y largos dedos de su mano izquierda se vislumbraba una extraña inscripción rúnica similar a un tatuaje.

Después de analizarlo descaradamente con la mirada, tuvo un mal presentimiento. Lo cierto era que no tenía la menor idea de quién se trataba, pero quienquiera que fuese, lejos estaba de parecer un humano ordinario. Ese joven con cara angelical y cuerpo de supermodelo llevaba claramente la palabra «problemas» escrita en la frente.

—Uriel —gruñó el vigilante en la cabeza de Lucien, y este inconscientemente retrocedió unos pasos—. Viene a por Lilith. ¡No le entregues a la niña! —exigió alterado.

Lucien sabía que algo grande, muy grande se le venía encima. Debía escapar cuanto antes de allí, pero la mirada amenazante de la criatura que estaba situada frente a él le decía que no se lo iba a poner nada fácil.

—Ven a mí, Sahiyi.

Tras un destello dorado emergió mágicamente sobre la mano tatuada de Uriel una cadena de oro macizo y grandes dimensiones, en la que se leía tallada entre sus eslabones la frase *PAINDRA DUS SPILITZER*⁵.

—En el nombre de los antiguos dioses, ¡he dicho que te some-tas! —rugió airado lanzando con todas sus fuerzas a Sahiyi en dirección a Lucien, que se envolvió rápida y agresivamente alrededor de su cuello.

Lucien, que no contó con el tiempo suficiente para reaccionar y esquivar el ataque, sentía cómo la pesada cadena le desgarraba la garganta sin contemplaciones. Apenas podía respirar y, para colmo de males, pudo percatarse de cómo todo su cuerpo se iba debilitando sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Esa cosa, que parecía gozar de vida propia, se instaló a fuego sobre su piel como cuchillos afilados clavándose a la vez.

⁵ *Paindra dus spiltzer*: en el antiguo idioma de los dioses significa «espíritu de la pantera».

Incapaz de continuar soportando el dolor un instante más, finalmente desistió y dejó caer a la pequeña sobre el duro asfalto de la carretera.

—Hijo de... —masculló retorciéndose en el suelo.

Desesperado, intentó extender la mano para tratar de llegar de nuevo hasta ella, pero cuando lo hizo, aquel hombre con rostro de adonis le lanzó otras dos cadenas más que lograron inmovilizarlo del todo.

—No te atrevas a tocarla —conminó Uriel mientras recogía a la pequeña con cuidado del suelo—. Reportaré de inmediato tu fuga del Elheiser, vigilante. No tardarás en regresar al lugar que perteneces —sentenció sin camuflar su desprecio.

Lucien jamás se había sentido tan impotente en toda su vida, y eso ya era decir. La rabia que comenzó a invadir su interior lo estaba consumiendo como si se tratara de veneno esparciéndose rápidamente a través de sus venas. ¿Por qué se sentía tan ansioso? ¿Por qué detestaba con todas sus fuerzas contemplar a la pequeña entre los brazos de ese tipo?

Cuando Uriel se apartó considerablemente de él, cerró los ojos unos instantes para concentrarse. Entonces la joven, que aún continuaba inconsciente, comenzó a desvanecerse gradualmente entre miles de pequeñas y centelleantes estrellas de color violeta.

—¡No, no, no! —rugió Lucien colérico desde lo más profundo de su garganta.

¿Dónde diablos se había ido? ¿Por qué ese tipo entrometido la apartaba de su lado? ¿Y si nunca más volvía a verla?

Y dominado por la desesperación de no hallar respuestas a sus preguntas, su cuerpo finalmente no pudo reprimir la culminación de su metamorfosis. En solo cuestión de segundos aumentó su tamaño casi el doble en altura; de sus manos emergieron nuevamente unas afiladas y largas garras; el cabello le creció hasta los hombros; de la parte superior de su boca brotaron dos blancos colmillitos; sus ojos azules se volvieron a oscurecer; y cuando parecía que todo había terminado, unas majestuosas alas de color

negro salieron disparadas con fuerza de su espalda. Una apariencia poderosa e intimidante para cualquiera que, en realidad, nada se asemejaba a la del adolescente delgaducho y débil que era antes.

—Estupendo..., otro vigilante que consigue su pequeño paseo por el Reino Aparente a través del maldito pacto de sangre —suspiró Uriel poniendo los ojos en blanco. Luego se aproximó a él y con sorprendente agilidad, posó la mano izquierda sobre su frente para obligarlo a caer de rodillas a sus pies. Cuando el tatuaje rúnico situado entre sus dedos se iluminó, el nuevo cuerpo de Lucien comenzó a convulsionar—. Lo siento por tu alma, chico, pero ya no tienes salvación —se disculpó con honesto pesar.

Las lágrimas continuaban brotando de los oscuros ojos de Lucien, que sentía muchísimo dolor, tanto, que le resultó insoportable el mero hecho de respirar. Durante toda su vida había soportado que personas sin escrúpulos le hicieran todo tipo de cosas mezquinas a su cuerpo, pero nada se comparaba con el sufrimiento que ese hombre le estaba causando con apenas tocarlo.

—Podemos con él, muchacho —lo alentó el vigilante, que en esta ocasión se percibió distorsionado y entrecortado en su mente—. Acepta totalmente mi presencia en tu interior y utiliza mi poder para enfrentarlo.

Entonces incapaz de continuar lidiando con el dolor un segundo más, Lucien finalmente se rindió a su demanda. Un avasallante sentimiento de cólera comenzó a hacerse hueco rápidamente en su interior para llenar cada rincón de la más absoluta oscuridad. Todas las emociones deprimentes que lo habían azotado durante su vida, por alguna razón, de pronto cesaron; ya no había soledad ni tristeza, y mucho menos miedo. La entidad que lo había invadido solo le permitió concentrarse en una cosa: el éxtasis que le había brindado el increíble sabor de la sangre de aquella jovencita.

—Yo, Uriel Arcángel, segundo comandante del Reino de los Cielos, con la autoridad y el poder que me concedieron los antiguos dioses, libero el alma de este...

Lucien rompió a reír a carcajadas, inundando con su eco inquietante hasta el último rincón del bosque y eso detuvo al arcángel.

—Pero qué... —murmuró Uriel desconcertado.

Con increíble rapidez, Lucien rodeó la mano que el arcángel mantenía posada sobre su frente para retorcerla con todas sus fuerzas.

—Hablas demasiado —gruñó dedicándole una sonrisa altiva y desafiante; acto seguido, liberó su mano de mala manera y se incorporó—. Devuélveme a la chica —exigió con actitud amenazante mientras se le recomponía mágicamente la piel desgarrada del cuello y los huesos lastimados—. ¡Ahora! —rugió impaciente.

Uriel, que por un instante quedó petrificado, no daba crédito a lo que sus ojos acababan de presenciar. Ese tipo aún continuaba siendo completamente humano, pero por alguna razón que escapaba a su entendimiento, había logrado liberarse del amarre de Sahiyi y de la influencia de su tatuaje sagrado. ¿Cómo era eso posible?

—¿Cuál es tu nombre, chico? —inquirió tomando distancia de él.

Sin quitarle los ojos de encima y con la posición de su cuerpo todavía en guardia, el arcángel descubrió que ese humano desafortunado no estaba bajo la influencia de una entidad maligna cualquiera. Se trataba de un vigilante, eso era evidente, uno realmente fuerte y osado que era capaz de igualar la magnitud de su poder espiritual; y ser consciente de ese hecho, le dificultó ligeramente la respiración.

—¡Es mía, devuélvemela! —reclamó Lucien abalanzándose sobre él como un animal salvaje.

De pronto, un rayo eléctrico cayó del cielo formando un gran estruendo; lo que obligó a Lucien a detener su acometida en seco. Dos criaturas hermosas y brillantes, comparadas en cierta manera con la belleza exótica de Uriel, aparecieron frente a ellos vestidas de blanco y hablando en un idioma extraño.

La visión de Lucien comenzó a nublarse y se percató de que su cuerpo con cada instante se hacía más y más pesado.

«¿Este es el fin? ¿Me estoy muriendo? ¿Aquí acaba todo? —se preguntó angustiado mentalmente mientras luchaba por mantenerse en pie—. Yo solo quería... poder verla una vez más», anheló antes de caer de bruces contra el asfalto y perder la consciencia.

